

inestabilidad, la implacabilidad, el escándalo, el hurto, la rapiña, la envidia, el perjurio, la maledicencia, la blasfemia, la desobediencia, la venganza, la prodigalidad, y otros muchos vicios, cuyos nombres oímos en el comun language, y se hacen ver aun en las costumbres, y acciones de tantos hombres.

## §. IX.

**E**L joven sabio, ó el sabio entre los jóvenes, desde luego concibe una firme resolución de aborrecer el vicio, y seguir la virtud: no le faltan buenos exemplos que imitar: muchos viven aun en sus escritos, y muchos se presentan cada día á nuestros ojos; de manera, que la raza de jóvenes sabios, y de costumbres irreprehensibles, no faltará jamas entre los hombres. A estos procura imitar el mancebo juicioso, y amante de la virtud, aun quando todos los otros sean iníquos, y perversos (lo que jamas sucederá). El joven virtuoso, y sabio está firmemente resuelto á seguir el camino de la virtud, y probidad, porque le sobran luces para conocer que la virtud sola es la que puede agradar á Dios, de quien nos viene todo el bien; y que ella es la que va de acuerdo con la recta razon, quando el vicio por el contrario la desprecia, y maltrata, reduciendo al hombre á la condicion de una fiera bestia. Es verdad que la senda, y camino de la virtud es á los principios empinado, y áspero; pero siguiéndole con animoso esfuerzo, se descubre siempre mas ameno, y delicioso, infundiendo siempre una verdadera alegría en el corazon de quien lo sigue con firme constancia. Al contrario, el camino de los vicios es al principio muy facil, y parece llano, delicioso, y ameno, se representa todo sembrado de hermosas flores, y convida con alegrías, y placeres; pero al cabo de la jornada, todo es inquietudes, arrepentimientos, y dolores. Camine, pues, por este carril el que desease una buena cosecha de miserias, é infelicidades, que tarde, ó temprano experimentará en el alma, y en el cuer-

cuerpo. En esta carretera se deleyta, y goza el que desprecia, y hace poco caso de Dios, justo, y severo Juez para castigar los malos, y liberalísimo remunerador de los buenos. Finalmente, la virtud es el único medio para estar bien aquí, y mucho mejor en el pais de la eternidad, y merece el título de sabio el que sirve, y ama á un Dios tan bueno; siendo por el contrario un loco, y necio el que se aparta de él por seguir el vicio. Mas porque la mayor parte de las virtudes consiste en contener nuestros apetitos, y refrenar nuestras pasiones, en seguir lo que es honesto, y justo, y en ordenar el hombre sus acciones todas, pasemos ahora á exáminar primeramente qué cosa sea lo que llamamos honesto: despues veremos en lo que consiste este orden; y finalmente trataremos del freno, y modo de contener nuestros apetitos.

## CAPITULO XXIII.

*De lo honesto, de lo justo, y de la virtud, si por su naturaleza, ó esencialmente sean cosas buenas, y del orden que quiere Dios en el hombre.*

## §. I.

**D**E mala gana entro á tratar questões metafísicas, y sutiles, quando escribo la Filosofía Moral, ó de las costumbres; porque deseando que estos razonamientos tales quales son puedan servir á los jóvenes, y á los de mediano ingenio, que suelen ser los mas, no quisiera precisarlos á que masticasen conocimientos recónditos, y meramente especulativos, que fatigan, y cansan por de contado, y suelen instruir, y enseñar poco al que no está acostumbrado á rumiar, y meditar atentamente, ó es poco aficionado á este género de estudio, y mas quando ya he dicho, y lo repito ahora, que esta Filosofía debe tener por término, y fin el saber obrar, y no el saber disputar. Todavía

no puedo dexar de decir aquí dos palabras sobre lo que llamamos *honesto*, importándonos mucho el conocer, y saber que hay honesto, para que el hombre se enamore de una cosa tan bella, y procure enderezar á ello todas sus obras. En el Capítulo VII. hemos hablado, y discurrido un poco sobre la razon; pero aquí conviene que extendamos el discurso, y la pluma para buscar con mayor cuidado su origen, y esencia. No faltó en las antiguas sectas de los Filósofos quien no quiso reconocer lo honesto, pretendiendo que la justicia, y la virtud no fuesen otra cosa que unos nombres puramente tales, que el comun consentimiento de los sabios aplicó á todo aquello que es, ó aparece útil al hombre en particular, y á la república en comun. Aristipo, Epicuro, Carneades, y otros Estoicos fuéron los autores de tan malignas máximas, y perversas doctrinas, las quales han renovado en el siglo próximo pasado algunos ingenios fuera de Italia, no sé si por ambiciosa vanagloria, ó por pura malicia. Lo cierto es, que todo cede en descrédito de la virtud, que aunque estos Filósofos la pintan muy bella, pero en cierto modo hacen que dependa su hermosura mas de la opinion agena, que de su naturaleza propia. Por tanto digo, que es igualmente notoria, y verdadera la division del bien en honesto, útil, y deleytable, por lo que toca á las operaciones del hombre, de las que hablaremos despues. En quanto al bien honesto parece que no hay diferencia alguna entre él, lo justo, y el obrar como virtuoso; antes bien parece que debe decirse, que lo honesto es el género, y lo justo, y la virtud son sus especies: conviniendo el mérito de la honestidad aun á las acciones indiferentes, como son el comer para sustentar la vida, el pasearse por motivo de la salud, &c. sin que á estas operaciones convenga propiamente el título de virtuosas, y justas, aunque el llamarlas así no seria un solecismo insufrible.

## §. II.

**H**E dicho ya que fué sentencia de algunos antiguos, renovada despues por un moderno, que la denominacion que se da á ciertas acciones humanas, que nosotros llamamos honestas, justas, ó virtuosas, no se funda en cosa distinta de la misma denominacion, y que estos nombres no son otra cosa que la utilidad, ó lo útil solamente, á cuya contemplacion, y no por otro motivo se introduxeron semejantes términos. Observaron los sabios, por exemplo, como una cosa ventajosa á la república, que aquel que se entraba en posesion de algun terreno no sujeto á otro hombre, y pasase á cultivarlo, adquiriese siempre derecho, y dominio sobre el tal terreno, é hiciese suyos los frutos. Porque de este modo se animarian todos á cultivar la tierra, cosa tan necesaria á la república, llamaron justo á este dominio, y justicia, y virtud el que se le mantuviese al justo poseedor. Al contrario, porque conocieron quan dañoso seria á la república que un hombre perturbase el dominio justo del otro, y le hurtase los frutos de sus campos, por tanto, llamaron injusticia, deshonestidad, y vicio el robar la hacienda de otros: del mismo modo, considerando quanto sea provechoso al hombre el refrenar su cólera, contener su lengua, y sus bestiales apetitos, dieron el nombre de virtud á semejantes acciones, y de vicio á las contrarias. De la misma manera, viendo el perjuicio, y desconcierto que de los homicidios, de los engaños, de los adulterios, y otras acciones semejantes se sigue, tanto al público, quanto á los particulares, tomaron motivo para llamar viciosas, deshonestas, é injustas tales acciones. Por tanto, Horacio, sectario de Epicuro, dexó dicho:

*Ipsa quoque utilitas, justis prope mater, & æqui.*

## §. III.

**P**ERO aquí no se controvierte si los primeros autores de estos nombres, y de las leyes pensaron solamente

te á lo útil que de ellas podia seguirse. La dificultad está en ver si solamente la utilidad ha sido en alguna ocasion, y si aun hoy tambien lo es, la que hace laudables, y eligibles las acciones que llamamos honestas, justas, y virtuosas. Es cierto que todo aquello que contiene, ó encierra en sí honestidad, justicia, y virtud, es un bien útil, no menos para el comun que para el particular, y quanto mas crezcan en una república las acciones buenas, y honestas, tanto mayor seria la felicidad, y utilidad de la misma república; pero por otra parte es evidente que lo honesto, y lo justo de las humanas operaciones, de las quales lo útil no va separado ordinariamente, esto, digo, no puede nacer de la misma utilidad; por lo que hay tantas acciones, que son útiles ciertamente, pero no por eso son honestas, justas, y virtuosas, y de consiguiente conviene buscar otro principio, que sea el verdadero constitutivo de lo honesto, prescindiendo de lo útil, que anda junto con él muchas veces; y es tanto mas necesario el buscar este principio al considerar que si se admitiese solamente la utilidad por principio suficiente sin hacer mencion de otra cosa para que el hombre obrase prudentemente, se abriria una gran puerta á un tropel de iniquidades contrarias á la buena armonía de los vivientes, y á la paz tan necesaria á las repúblicas; esto es, podria hacerse sin peligro alguno todo aquello que fuese útil, ó pensasen los hombres que lo era, quando no hubiese temor, ni peligro alguno de que lo pudiesen descubrir, y consiguientemente castigar las leyes humanas; ó por decirlo de una vez no habria inconveniente en hacer todas aquellas cosas que las leyes dexan al arbitrio de los ciudadanos sin determinar pena alguna, lo que verdaderamente es insoportable. El mismo Tulio en el libro primero de las leyes conoció las malas conseqüencias de esta doctrina, y dexó varios exemplos de ellas, como seria de quien confiase á un amigo una buena suma de dinero para que despues de su muerte la emplesse en una

co-

cosa determinada. Ciertamente que seria una gran ventaja para este amigo el aplicarse aquel dinero despues de muerto el otro, sin que tuviese que temer el menor riesgo, ni pena de la justicia humana. Por tanto ha de haber un principio superior al de la utilidad, que ponga freno á la demasiada codicia, á los fraudes, á la infidelidad, á la oculta deshonestidad, á los excesos de la gula, y á otras semejantes operaciones del hombre, ó escondidas, ó no castigadas por las leyes civiles. Este principio es el que ahora vamos buscando.

§. IV. Conviene á todos los Filósofos ser cosa muy difícil el dar, ó señalar una definición intrínseca, y adecuada de lo bueno, y de lo hermoso; y por tanto se sirven mas presto de una descripción, que de una definición. Experimentase lo mismo hablando del bien honesto. El excelente ingenio del Cardenal Sforcia Palavicino creyó haberlo definido con decir, *que es aquello que la naturaleza quiere que nosotros hagamos*; pero desde luego apostaré que no á todos agrada esta definición, sabiendo que la naturaleza no es una potencia inteligente, á quien pueda agradar, ó no agradar lo que hagamos nosotros; y aun quando con este nombre quiera entenderse alguna otra cosa, con todo, la naturaleza humana en el estado en que al presente se halla, infestada de varias, y peligrosas enfermedades, ¿cómo podrá tomarse por una directora, y segura conductora infalible de nuestras acciones? Por tanto, siguiendo la doctrina, que en otra parte dexó establecida el mismo Cardenal Sforcia, y entendiéndolo por este nombre *naturaleza* al sabio Autor de ella misma, podrá con mas fundamento llamarse *bien honesto* todo aquello que el Autor de la naturaleza quiere que hagamos nosotros. Séame lícito, no obstante esto, el definir el bien honesto de otro modo, diciendo, *que el bien moral, y honesto es aquel que va de acuerdo con las leyes del orden que Dios para ma-*

yor

por honra suya, y para nuestro bien, y perfecta felicidad quiere, y desea que los hombres practiquemos, y pongamos por obra. Explicaré lo que quiero decir en esta definición. Es propio del hombre sabio buscar en todas sus cosas quanto le sea posible, y hacer que en ellas se dexen ver el buen orden; porque sabe muy bien que donde este se halla, se halla tambien perfeccion, y belleza, y donde hay desorden, allí hay imperfeccion, y deformidad. Pero porque esto que llamamos orden, mas facilmente se pronuncia que se entiende, por ser una nocion, ó conocimiento metafisico, y delicado, cuya esencia no la penetra tan facilmente el que no tiene habilidad, y no quiere cansarse en una profunda meditacion; por tanto procuraré explicarme, asegurando que se podrá acaso entender este orden diciendo, que no es otra cosa que una disposicion proporcionada de acciones, ó cosas, que así en sus partes, como en el todo, se dirigen á un fin sabiamente escogido, ó meditado. ¿Quereis saber si se halla orden en la fábrica de una casa, ó de un palacio? Observad el fin: no digo aquel que puede proponerse un hombre caprichoso, ó loco, digo el fin ordinario, y comun de quien tiene juicio. La intencion suele, y debe ser la de formar un edificio el mas cómodo que se pueda para los habitantes, y proporcionado al sitio, tan bien dispuesto en sus partes, que cause deleyte, ó por lo menos no ofenda los ojos del que lo mire: quando sea tal habrá orden allí; y esto podrá encontrarse tanto en las grandes fábricas como en las pequeñas: será pequeña una casa, pero con tal que esté bien repartida, y dispuesta, se hallará en ella todo el orden conveniente, y proporcionado al fin de quien la mandó fabricar, y podrá poner en ella aquella inscripcion que Ludovico Ariosto hizo poner en la suya: *Parva, sed apta mihi*; ó la otra: *Morituro satis*, que se lee en otra. Al contrario, si en un gran palacio hallásemos las principales piezas muy baxas, las puertas, y ventanas angostas, que no reciben bien la luz, penosas, y mal for-

ma-

madass las escaleras, mal divididas las estancias, ó con semejantes defectos de arquitectura, cotejándose todo esto con el fin premeditado por el Príncipe, que es sin duda la mayor comodidad, juntamente con la magnificencia; no puede dudarse que conoceremos que aquí tiene parte el desorden, y no el orden deseado por el Príncipe. Así tambien cada uno sabe qual sea el fin inmediato de un excelente relojero en la fábrica de una muestra, ó de otro género de relojes. No es otro su fin, que el de formar una máquina, que mida el tiempo, y regularmente lo divida, haciendo conocer sucesivamente el camino, y pasage de los minutos, de los quartos, y de las horas. Toda aquella disposicion de muelles, de cadenas, de cubo, ó tambor, de péndolas, de ruedas, y otros instrumentos, este es el orden de que se vale este artífice para llegar al fin que se propone: sin este orden manifestará aquella muestra, no ciertamente la buena division del tiempo, sino la insuficiencia, la ignorancia, y la poca atencion del artífice, que no conseguirá el fin que se propuso en la construccion de este reloj. Así tambien hallaremos el orden en un jardín, destinado para la honesta delectacion del hombre, quando encontremos en él la variedad de objetos, con buena proporcion distribuidos: asimismo en un ejército, si los esquadrones estuvieren ni muy numerosos, ni muy débiles, tendran una perfecta disposicion; de manera, que un hombre no oculte á otro hombre, ni una fila se confunda con la otra, y puedan ocurrir facilmente á la defensa, y ofensa por todas sus fachadas. Del mismo modo en una pintura, en una tragedia, en una oracion, en los vestidos, y en otras mil cosas descubriremos orden, ó desorden, quanto las partes de aquella cosa, y el todo que de ellas resulta, influyan mas, ó menos para el fin que en ellas se propone el hombre sabio.

Tom. I.

X

S. V.

## §. V.

**O**Cúrreme aquí que muchas veces me he encontrado con personas, que se maravillan, ó por mejor decir se lamentan de que Dios haya criado en este mundo leones, tigres, osos, lobos, y otros semejantes animales feroces, y tantas serpientes, é insectos, ó molestos, ó asquerosos, y nocivos al hombre. No se atreven á decirlo, pero quisieran significar, que estos mas parecen desórdenes que órdenes en la fábrica de este gran todo, que se llama obra de Dios, hecha para el hombre. ¡O buen Dios, cómo no conocemos jamas nuestra ignorancia, y temeridad, quando nos atrevemos á criticar las obras de un Artífice tan Soberano, que ha fabricado con tan admirable modo tantas cosas en este mundo, y sobre todo á nosotros mismos! Todo hombre sabio dice en voz alta: Vos, Señor, lo habeis hecho todo con infinita sabiduría, así lo que yo entiendo, como lo que no percibo: *Omnia in sapientia fecisti*. Nosotros deliramos muchas veces, porque la corta vista de nuestros entendimientos no puede llegar á descubrir tantos, y tan delicados fines, ó físicos, ó morales; pero con todo debemos creer que nuestro Sapientísimo Dios los ha tenido en producir cada uno de tantos objetos como vemos en el mundo. Estos fines particulares deben suponerse en la mente divina, infinitamente sabia, ademas de aquello que nos enseña la divina revelacion sobre la caída de nuestro primer padre Adán, y de la mutacion de tantas criaturas, que se le rebelaron por esta causa. Considerad las víboras, y los escorpiones, ¡qué criaturas tan peligrosas, y mortíferas! Observad las hormigas, ¡qué insectos tan inútiles, y nocivos! Pero si la Medicina puede, y suele sacar remedios muy eficaces para muchos males de la carne de las víboras, aceyte de los escorpiones, y del espíritu de las hormigas; ved aquí una de las causas por qué Dios ha puesto, y mantiene entre nosotros esta clase de criaturas tan mal vistas, y desacred-

di-

ditadas. Vuélvase los ojos á una altísima, áspera, é infecunda montaña, para considerar qué orden pueda encontrarse en aquellos pelados peñascos, y riscos estériles: cierto que no encontrarán acaso orden alguno muchos de aquellos sabiondos, que han llegado á juzgar que ellos hubieran sabido disponer, y ordenar una parte de este mundo con mayor primor, y utilidad. De este modo juzga por lo comun el ignorante vulgo de las acciones, y resoluciones políticas de los mas prudentes Monarcas. Pasa, y se califica por error, y desorden en su tribunal grosero todo aquello cuyos motivos se le ocultan, ó ignoran sus verdaderas causas. De mas alto saber, y de discernimiento mas sublime que todos los gabinetes políticos de los Príncipes del mundo, es ciertamente el Consejo del Monarca Supremo. Y por lo que toca al soberbio conjunto de escarpados, y pelados peñascos, que llamamos montañas, cuya vista al parecer horroriza, no es muy dificultoso el descubrir el fin, y el orden, que para criarlo de esta manera tuvo la Divina Sabiduría.

## §. VI.

**P**ARA esto es necesario tener presente lo que ya dexamos dicho sobre la variedad á que atendió con particular cuidado el Supremo Arquitecto de esta visible máquina, la qual es una de las principales causas de su hermosura, y belleza. En un todo, y conjunto de tanta extension, y diversidad tan exquisita, aun aquello que nos parece horrible tiene su particular hermosura: aun en esto puso orden el Criador, y para esto tuvo su fin particular, sirviendo estas partes que nos parecen espantosas, y feas, para dar mayor realce á la delicada hermosura, y apacibilidad de las otras. Los mismos Príncipes, y Monarcas de la tierra nos dan de esto una idea bien clara, quando vemos que en sus dilatados, y grandiosos jardines, y parques, mantienen fieras, hacen grutas, y plantan bosques, y otros objetos menos apacibles

X 2

á

á nuestra vista, ó por mejor decir desagradables. Pero aun ademas del general motivo de la variedad, debemos creer que tuvo otros en su mente divina el Supremo Artífice quando crió, y colocó en aquella parte aquel alto monte; esto es, ó de criar allí bellos mármoles para fábricas, ó para ornamento de ellas, útiles, y provechosas al hombre, ó para producir en las entrañas de aquel monte preciosos metales, y quando no preciosos, de un uso admirable para la necesidad, y comodidad del hombre. Allí mismo, ademas de esto, ha querido dar vida á muchas, y muy particulares yerbas de singular virtud, aunque mal conocidas, las quales no se encuentran facilmente en las llanuras, y si se hallan no son de tanta virtud, y fuerza: pero lo que es mas, y es comun á todas las montañas, que de aquellos montuosos despreciados peñascos, se sirve continuamente la Providencia Divina para formar, y mantenernos las fuentes de aguas corrientes, y saludables; porque las elevadas cumbres de estas montañas, por varias causas, y modos, cuya averiguacion por ahora no nos importa, facilmente condensan los vapores, y haciéndolos desatar en lluvias (que esta es una de sus propiedades), ó conservando por largo tiempo las nieves, especialmente en las sombrías concavidades, y deteniéndose las aguas que provienen de ellas en las grutas, é internos naturales algibes de las mismas montañas, y filtrándose despues poco á poco estas aguas por las venas de la tierra, y descargándose ácia las partes exteriores de ellas, vienen de esta manera á brotar las fuentes, de donde despues se forman los canales, y los rios perenes; de manera, que si nos faltasen las montañas faltarian tambien las fuentes; y si estas faltasen, no tendríamos rios, y si esto no sucediese ¿dónde hallaríamos aguas para regar los campos, y á las veces para dar de beber á los ganados, y aun á los hombres mismos? ¿Dónde habria canales para los molinos, martinetes, batanes, sierras para aserrar la madera, y para tantas otras invenciones tan útiles á los hom-

hombres? ¿Dónde se hallaría la navegacion tan apetecible en la tierra para conducirnos de una parte á otra, y tantas otras cosas desde los rios al mar, y del mar á los rios? Ved aquí ahora, que sin fuentes, y sin rios permanentes, vendria á ser muy penosa la habitacion de los mortales. Dexo por ahora otros fines que se propuso el Criador Supremo, como el mantener las montañas, el ayre fresco en varias estaciones del año, defendiendo las llanuras de calores excesivos, y templando el dañoso ardor de ciertos vientos: dexo á parte todo esto, porque en lo ya insinuado tenemos motivos suficientes para conocer, que aun en estos corpulentos montes, que nos parecen inútiles, y fuera de toda armonía, se halla un concierto nobilísimo con lo demas de la tierra, y se observa la juiciosa destreza del Soberano Artífice, y un orden exquisito, y particular para lograr el fin proyectado.

## §. VII.

**V**engamos ahora á la criatura, entre todas las de la tierra la mas noble, y excelente, qual es el hombre, para cuyo sustento, servicio, y deleyte se han hecho todas las criaturas sublunares. Si todas las cosas, así naturales, como artificiales piden el orden, y nosotros lo buscamos, y amamos en todas ellas: ¿quánto mas deberá Dios deseárselo en el hombre mismo, y con quánto cuidado deberá el hombre procurarlo, y conservarlo en sí propio? Entenderémos bien presto qué orden sea este, quando hallásemos cuál sea el fin para que Dios nos ha criado, y echado á este mundo. Dexando á parte otras mas ilustres perspectivas, que nos presenta la Teología Sagrada, digo que el fin primario que tuvo Dios en criarnos no puede haber sido otro que la gloria, y el honor suyo, y el fin secundario es nuestra propia felicidad. Por tanto, todo aquello que nosotros hiciésemos, y dirigiésemos al honor, y mayor gloria de Dios, todo esto será orden, será bien honesto, y será virtud. Al contrario, será desorden, vicio, y mal, todo lo que obrá-

semos contra la gloria de Dios. A poca reflexion se hará manifiesta, y evidente esta verdad, porque en primer lugar debe necesariamente admitirse un primer Principio que haya criado al mundo, y al hombre, siendo cierto que este mundo, hechura tan magnífica del Criador Supremo, con todas las demas cosas maravillosas que hay en él, y sobre todo el hombre, criatura tan excelente, no han nacido de sí mismas, ni por sí mismas, ni jamas podrá pretender alguno, á no ser un loco desatinado (como lo fue uno de los antiguos Filósofos), que todas estas cosas sean hijas del acaso; antes bien es preciso confesar que son producciones de un Artífice infinitamente Sabio, é igualmente Poderoso. Este primer Principio no puede ser otro que el Dios Omnipotente, y conocido. Infírese asimismo, que Dios es infinitamente Superior á los hombres, del mismo modo que se conoce que todo el universo es mayor que un solo punto, y cien mil años, mas que un solo momento. En segundo lugar, conociendo nosotros que Dios es infinitamente Sabio, nos dice al punto la razon misma, que en criarnos, y mantenernos sobre la tierra, ha tenido su Magestad algun laudable, y sabio fin, y este en primer lugar no puede ser otro que su honor mismo; porque ademas de habernos dicho la Divina Sabiduría en los Proverbios (c. 16. v. 4.): *Universa propter semetipsum operatus est Dominus*, debemos nosotros conocer facilmente, que así como los animales se hicieron para el hombre, así el hombre fué criado para Dios, y de aquí entendamos sernos muy conveniente el amar, honrar, y obedecer á Dios, imitándole en quanto nos sea posible, antes que hacer lo contrario con nuestras acciones, despreciándole, y desobedeciéndole; y aunque para nada tenga Dios necesidad de nosotros, con todo, parece imposible que no pida como nuestro Criador, y Señor, aquella dependencia, sumision, y gratitud, que por tantos títulos es debida á su Magestad. Pero la gloria que debemos dar á este benéfico Padre, á este Criador amantísimo, el agradecimiento con que debe-

mos

mos corresponder á tantos beneficios, consiste en el amor, y la obediencia que le debemos en todo tiempo, y en el procurar quanto les es permitido á criaturas miserables el imitarle. Esto, ademas de dictárnoslo la luz natural, nos lo enseñó, y dió á entender nuestro Divino Salvador, diciéndonos por S. Matheo al cap. 5. v. 45. *Estote perfecti, sicut & Pater vester Cælestis perfectus est*. Sed perfectos, como es perfecto vuestro Padre, que está en el Cielo. Lo mismo hallamos escrito en otros pasages del Texto Sagrado, intimándonos que imitemos á Dios; por consiguiente si nuestro Dios es puro, santo, justo, verdadero, benéfico, misericordioso, &c. es imposible, como cada uno debemos confesar, que este Señor pueda mirar con buenos ojos, ni aprobar en sus criaturas la impureza, la injusticia, la iniquidad, la mentira, el engaño, la crueldad, &c. siendo al contrario cosa evidente, que su Magestad no puede amar en nosotros sino aquellas obras, y deseos con que procuramos imitar sus Divinos Atributos, siendo esta imitacion el orden primario que su Magestad exige de nosotros, orden ciertamente, que para nuestro Criador es tambien glorioso. No podemos imitarle en su Omnipotencia, en su Comprehension, y Sabiduría infinita, &c. pero podemos en la Justicia, en la Pureza, en la Veracidad, y Misericordia, &c. Hasta el mismo Séneca Gentil conoció esta verdad, quando dixo: *Vis Deo propitiare? Bonus esto. Satis illos coluit, qui imitatus est.* ¿Quieres tener propicios los Dioses? Sé bueno. Mucho los honra el que los imita. Sócrates, y Platon, tambien Gentiles, enseñaron que el ser nosotros semejantes á Dios, segun nuestra capacidad, consiste en el obrar virtuosamente, y hacer lo que Dios nos mande. Añádase S. Agustin, quando escribe: *Religionis summa est, imitari quem colis*. Toda la religion se reduce á imitar á aquel Gran Dios, que tú deseas honrar, y adorar. Y para que podamos hacer esto, y mantener el orden ya dicho, nos ha explicado su voluntad por medio de la revelacion; esto es, claramen-

X 4

te

te nos ha mostrado el camino seguro, que nos lleva al bien, y no dexa de darnos fuerzas, y auxilios para que por nuestras acciones lleguemos á este dichoso término. De aquí puede conocer cada uno, que el quebrantar, ó no cuidar de aquel orden que se propuso Dios en la formación de las criaturas racionales, es un insolente, y verdadero desprecio de la autoridad, y voluntad de Dios, y por tanto un gravísimo desorden digno de pena, y castigo. ¿Y quién se atreverá á decir, que Dios no puede, ó no quiere hacernos experimentar este castigo siempre que no guardemos aquel orden que el mismo Señor, y la razón natural nos ha señalado? Y ved aquí los principios, y fundamentos seguros de lo honesto.

## §. VIII.

**H**E dicho, que el otro fin secundario es nuestra felicidad, y esto es evidente también; porque siendo clarísimo, y muy cierto que nuestro Padre Celestial es infinitamente bueno, y que las mas preciosas, y bellas margaritas que adornan la corona de este Omnipotente Monarca son la beneficencia, la liberalidad, la caridad, y la justicia, y otros atributos que nacen de su infinita Misericordia; es consecuencia necesaria, que habiéndonos criado de la nada, no pudo hacer esto por otro motivo, que el de manifestarnos su benéfico genio; ni pudo querer que fuésemos criados, y echados en este mundo, sino por hacernos felices, y bienaventurados. Horroriza, y al mismo tiempo priva del juicio, y sentido la horrenda, y exécrable blasfemia, que pensó, y pronunció alguno (si es que alguno se atrevió á tanto) de que Dios había criado la mayor parte de los hombres, con intención, y voluntad de hacerlos eternamente infelices. No necesita de una impugnación determinada tan sacrílega blasfemia, siendo tan contraria á los atributos de nuestro buen Dios, y rebatiéndola los infalibles dogmas de la Sagrada Escritura. Añádese á esto, que el mismo Señor estampó, é infundió en la humana natura-

raleza un deseo tan vehemente de la felicidad, que entra igualmente con la racionalidad á constituir al hombre. Por tanto, no debe causar maravilla, si el hombre, movido, é impelido de su propio amor, busca incessantemente, y desea su felicidad. Este es su fin, y las leyes de la naturaleza le obligan á caminar á él, y para poder conseguirlo, le ha dotado Dios de razón, y entendimiento, y de la habilidad para discernir (quando quiera hacerlo) el mal del bien; esto es, distinguir lo que le puede hacer verdaderamente feliz, ó infeliz. Esto supuesto, todo aquello que el hombre hiciere conducente á esta verdadera felicidad, ó sea del comun, ó sea suya particular, sin perjuicio de aquel fin primario que dexamos dicho, todo esto, repito, se debe llamar orden; y por el contrario, será desorden todo quanto á este fin se opusiese. Es cosa manifiesta que obrando el hombre contra este fin, obra mal, obra desordenadamente, contravieniendo á su propia inclinación; y á lo que pide su estado, y naturaleza racional; y puede decirse que hace una monstruosa figura en el teatro del mundo, pues se prevale, y usa de su entendimiento, y razón para ser infeliz, quando este don precioso le fué liberalmente dado por el mismo Dios para distinguirlo de los brutos, y para que con él buscasse su mayor felicidad. Por esto, aun quando confesásemos que aquellos sabios, y primitivos Legisladores, hubiesen inventado, y plantado sus leyes, y las máximas de lo honesto, de lo justo, y las de la virtud, sobre la basa de la utilidad que puede resultar al público, y al particular de las acciones honestas, justas, y virtuosas, sin atender á la intención, y voluntad de Dios; no obstante todo esto descubrimos que el mérito intrínseco de la virtud, y de la honestidad se funda sobre las leyes que puso Dios á la humana naturaleza; porque queriendo el mismo Señor, que el hombre naturalmente desee, y busque su felicidad, y no abandone su utilidad, quiere al mismo tiempo los medios conducentes á la felicidad del